

INSPECTORIA SALESIANA DE SAN LUCAS
COLEGIO DON BOSCO
VALENCIA - VENEZUELA



Padre Alberto Panciera, S. D. B.

Queridos hermanos:

Les anuncio que el 3 de Junio de 1980, el P. Alberto Panciera, salesiano de esta inspección, fue llamado a la Casa del Padre. Tenía 78 años de edad, 52 de Profesión religiosa y 44 de Sacerdocio.

UNA VOCACION

El P. Alberto Panciera había nacido en un pintoresco pueblo de los Alpes Italianos llamado Zoldo Alto. Fue el 10 de Abril de 1902. Al siguiente día fue bautizado en la Parroquia del Pueblo. Fueron sus padres Inocente Panciera y Paola de Marco. El recuerdo del papá, y el hecho de haber sido también un maestro, afloró varias veces durante su última enfermedad.

A los 23 años, al terminar el servicio Militar, pidió entrar al Instituto Misionero Salesiano Cardenal Cagliero de Ivrea, ciudad del Piamonte italiano. Fue la lectura del Boletín Salesiano la que le inspiró la idea de seguir la vocación salesiana. Al terminar su segundo año de Aspirantado como Hijo de María, hizo petición para ir a tierras de Misiones.

De esa manera a los 25 años comienza su aventura misionera. Venezuela es la meta de sus sueños apostólicos. En Noviembre de 1927 llega a La Guaira junto con otros 5 jóvenes misioneros salesianos. Inmediatamente entra en el Noviciado que funcionaba en La Vega, cercanías de Caracas. Su primera profesión, estudios de filosofía y parte del tirocinio los hace en la misma sede. Tuvo un año de pasantía en el Colegio Don Bosco de Valencia, para luego ser enviado en el año 1932 a estudiar la Teología en el Centro Internacional "la Crocetta" de Turín. Allí recibe la ordenación sacerdotal en julio de 1936.

Su servicio a la Congregación en Venezuela, se distribuyó entre: 14 años en las casas de formación, principalmente Aspirantado y Filosofado; 2 años en el Colegio Santo Tomás de Aquino de Valera; y 37 años en el Colegio Don Bosco de Valencia. Regaló a esta comunidad toda una larga vida y una santa muerte. Con razón llamaba cariñosamente a Valencia y Carabobo “mi Tierra”.

AL ENCUENTRO DEL PADRE

Hacia principios de Febrero de este año el Padre Panciera se sintió mal a causa de una bronquitis aguda. Dominada con relativa facilidad la afección bronquial, se quiso hacerle un examen más cuidadoso. Además de la diabetes que ya padecía desde hacía algunos años, se encontró una cantidad desproporcionada de glóbulos blancos. Eran síntomas de una leucemia; sería la causa directa e inmediata de su fallecimiento. Sin embargo, en un primer momento los médicos pensaron que podría ser un caso benigno o fácilmente dominable. Apenas pareció conveniente, se comenzó un tratamiento fuerte del problema hemático. La reacción fue bastante buena. Se pensó que el peligro había pasado. Luego hubo que intervenirle quirúrgicamente para extirparle un foco supurativo que le producía fiebre altísima con escalofríos. Tanto la operación como las curaciones posteriores fueron dolorosísimas.

Ya durante esos días se notó que el problema de la leucemia no era tan fácil de resolver. Es más, las medicinas más potentes conocidas, no produjeron los efectos esperados. En vista de la presencia de una intensa anemia, se procedió a aplicarle transfusiones, tanto en la clínica, como en su lecho de enfermo. En esto nos ayudó en forma desinteresada, el personal del hospital oncológico, vecino de

nuestro Colegio. Las transfusiones lo reanimaban por unos días, pero luego volvía a decaer. Fue así, como a partir de la mitad de mayo, nos dimos cuenta que no habían muchas esperanzas. El mismo Padre daba signos claros de saber que la muerte estaba cerca.

Durante esos días se confesó repetidas veces. Hablaba frecuentemente de cosas que debía dejar arregladas, sobre todo de los libros de la biblioteca. El 24 de Mayo nos hizo saber que era la última fiesta de María Auxiliadora sobre la tierra. Lo decía serenamente. Como una cosa muy natural. Impresionaba también la forma en que se sintió libre de todo condicionamiento, y abierto a todas las personas que se acercaban para ayudarlo en algo o simplemente saludarlo. Era como una libertad acompañada de una alegría serena. Jamás hubo un mínimo lamento en toda su larga enfermedad. Sólo un día cuando el médico especialista dio delante de él, una opinión muy clara sobre la gravedad de la situación, se le vio derramar unas pocas lágrimas. Pero no dijo una sola palabra.

Todos nosotros, salesianos, profesores, amigos y alumnos seguíamos con interés el curso de la enfermedad. Pero con más admiración, seguíamos su proceso espiritual. Estábamos descubriendo un alma bella y de una gran elevación interior. Punto culminante de sus días fue la celebración del Sacrificio Eucarístico junto a su lecho, con la administración de la unción de los enfermos. Todos, salesianos y amigos lo veíamos como un gran Patriarca que partía serenamente para el viaje a la eternidad. Al final quisimos que nos diera la bendición. Lo hizo de buena gana pero con gran esfuerzo.

Después de esto fue decayendo rápidamente, hasta morir el martes 3 de junio por la noche. En forma apacible entregó su alma a Dios. Su cuerpo lo dejó inerte en nuestros brazos como entregándonos lo último que le quedaba.

La mañana siguiente la ciudadanía se conmovió con la noticia. Durante el día miércoles desfilaron por el Santuario de María Auxiliadora personalidades de la ciudad y gente humilde que lo apreciaba. Para muchos era el amigo, el confesor, el hombre docto, el maestro.

Las exequias se celebraron el jueves por la mañana. Fueron presididas por el Excmo. Arzobispo de Valencia acompañado por Mons. Iturriza y Mons. José Joaquín Troconis, Obispo Auxiliar de Valencia. Rodeaban el altar un grupo de 60 concelebrantes. El pueblo que llenó todos los rincones del Santuario siguió con recogimiento y con fervor la misa y los ritos de despedida. El Sr. Arzobispo en fervorosa homilía quiso destacar entre otras cosas, algo que era impresión de todos: "era un religioso ejemplar y un celoso sacerdote". "Debemos pedir al Señor que envíe a su Iglesia vocaciones como las del P. Panciera". En el cementerio municipal de Valencia lo dejamos junto con todos aquellos primeros salesianos, que fundaron sólidamente la obra salesiana en Valencia. Quizá son esas semillas sembradas en el suelo valenciano, las que dan empuje al crecimiento de las obras, para bien de nuestra juventud necesitada.

AL SERVICIO DE TODOS

Si quisiéramos describir brevemente los grandes rasgos de su personalidad podríamos decir:

Era un espíritu recio, reservado, casi diría, tímido, para manifestar a los demás sus dotes. Duro consigo mismo. Para los demás, invariablemente tenía una sonrisa. Una vez observando una tarjeta con paisaje de los Alpes dolomíticos, decíamos entre broma y serio, que de esas nevadas alturas le venía la limpidez de su mirada casi de niño. Es que sabía poner en sus gestos y en su mirada toda la fuerza de convicción que llevaban sus palabras. Nosotros, de niños, cuando estábamos en el Seminario, teníamos esa impresión. Es la misma que experimentábamos los últimos días de su vida. Su piedad era profunda. Se traducía entre otras cosas en la cotidiana celebración de la Eucaristía y en la recitación del breviario. Su devoción a María Auxiliadora era para él como una filial vivencia al estilo de los primeros salesianos.

Su delicadeza en el trato con las personas era llevada hasta el extremo de hacerlo parecer como inhibido. Pero quien se le acercaba y entablaba una conversación con él, descubría inmediatamente una capacidad de amistad profunda. El continuo desfile de personas por su habitación, durante la enfermedad, son un testimonio de los lazos de amistad que había sabido crear.

Es necesario referirse a dos facetas de su personalidad:

—Amaba entrañablemente todo lo salesiano. Don Bosco y la Congregación eran el tema diario de su conversación. Tenía 25 años cuando escribió pidiendo ser admitido en el Noviciado:

“Desde hace dos años me encuentro en este Instituto (Ivrea) y he tenido la oportunidad de estudiar y conocer el espíritu de Don Bosco. Queriendo ahora ser parte de sus hijos con el único propósito de santificar y salvar más fácilmente mi alma, le presento mi humilde petición de ser admitido al Noviciado. Confian-do en que esta petición será aceptada, beso su mano”.

Ivrea, 14 de Julio de 1927.

Efectivamente podemos decir que conocer a Don Bosco y la Congregación fueron la preocupación de toda su vida. La vida de Don Bosco y los hechos de la Congregación eran continuamente desglosados por él y presentados en episodios curiosos puestos a la mano de todos, particularmente de los jóvenes alumnos. Porque no aprendía para sí, sino para comunicar con alegría cuanto encontraba en la rica vena del Espíritu salesiano. Para esto se servía de sus dotes artísticas y diagramadoras. Sus escolares, renovados todos los días eran una verdadera institución en los colegios en donde vivió el P. Panciera.

Por otra parte vivía intensamente el ideal de Don Bosco. El trabajo con los jóvenes era el taller donde desplegaba su salesianidad. El estudio personal, las confesiones y la asistencia de los alumnos, los llevó hasta los días de su última enfermedad. Las clases, siempre en las horas más difíciles de la tarde, hasta pocos años antes de su muerte. Podemos decir que su vida fue el despliegue de una vocación espléndidamente salesiana.

—Amaba nuestra tierra y a su gente. Los 53 años de permanencia aquí lo hicieron un apasionado de Venezuela. Pero no se contentaba con admirar. Investigaba acuciosamente como adivinando las riquezas humanas y culturales que se escondían detrás de cada palabra o de cada signo de lo autóctono o regional.

Es como si el gran precepto pedagógico de Don Bosco “amad las cosas de los jóvenes educandos” se hubiera traducido para él, en un creciente amor a nuestra tierra venezolana, a sus gentes, a los modos de decir de la gente humilde de nuestros llanos y nuestros campos.

Tenía un afán investigativo de todo lo nuestro hasta el punto de llegar a conclusiones bellas y sorprendentes, en el campo de la Toponimia, de las influencias étnicas prehispánicas y de sus vestigios dejados en nuestro ser venezolano. Sus in-

vestigaciones sobre realidades venezolanas o americanas tenían un sello de profundidad y seriedad. Las intervenciones públicas o conversaciones privadas con personajes del mundo cultural así lo atestiguan. Nos ha dejado una herencia de esquemas y manuscritos que están llenos de sorpresas. Su natural reserva le impedía tal vez lanzarse a publicaciones. Su aporte estaba también en la comunicación directa. Los últimos años de su vida fueron testigos de un continuo peregrinar a su biblioteca en busca de soluciones a problemas de carácter lingüístico o histórico. Si no lo sabía inmediatamente, era seguro que investigaba y al poco tiempo tenía la respuesta. Jóvenes universitarios, escritores o conferencistas eran sus asiduos visitantes. Recuerdo como 15 días antes de su muerte con que alegría nos ayudó desde su lecho, a descubrir un enigma histórico en que toda Venezuela se interesaba: las cuatro tumbas que tuvo sucesivamente el Gran Mariscal de Ayacucho.

La Nación venezolana le reconoció sus méritos: había recibido la Orden 27 de Junio en su primera clase por sus treinta años de docencia; últimamente le fue impuesta la Condecoración del Sol de Carabobo y el Botón que lo acreditaba como miembro de la Sociedad Bolivariana.

Esta comunidad siente necesidad de dar gracias a Dios por el ejemplo de fidelidad en la vivencia de esta vocación. Por la forma elegante como él vivió las virtudes salesianas y sacerdotales. Por el uso que supo dar a sus talentos y haberlos puestos al servicio de todos. Haberlo dejado todo fue su primer gran signo de generosidad. Haber plantado sus raíces en forma tan profunda en la porción de la Iglesia que el Señor le señaló, fue su forma de "amar a Dios con todo su corazón y al Prójimo como a sí mismo".

Que este agradecimiento se convierta en plegaria ardiente para que el Señor le conceda la gloria de su reino, y a nosotros, nuevas vocaciones de la talla del P. Alberto Panciera.

Valencia, 3 de Agosto de 1980.

Afmo. en Don Bosco
P. Ignacio A. Velasco
Director

investigaciones sobre realidades venezolanas o americanas tenían un sello de profun-
 didad y seriedad. Las intervenciones públicas o conversaciones privadas con per-
 sonajes del mundo cultural así lo atestiguan. Nos ha dejado una herencia de es-
 quemas y manuscritos que están llenos de sorpresas. Su natural reserva le impo-
 nía tal vez lanzarse a publicaciones. Su aporte estaba también en la comunicación
 directa. Los últimos años de su vida fueron testigos de un continuo peregrinar a
 su biblioteca en busca de soluciones a problemas de carácter lingüístico o histó-
 rico. Si no lo sabía inmediatamente, era seguro que investigaba y al poco tiempo
 tenía la respuesta. Jóvenes universitarios, escritores o contenciosos eran sus as-
 tados visitantes. Recordó como 15 días antes de su muerte con que alegría nos
 ayudó desde su lecho a descubrir un ensayo histórico en que toda Venezuela se
 interesaba; las cuatro tomas que tuvo sucesivamente el Gran Mariscal de Vene-
 zuela.

La Nación venezolana le reconoció sus méritos; había recibido la Orden 27
 de Junio en su primera clase por sus veinte años de docencia; últimamente le
 fue impuesta la Condecoración del Sol por el Gobierno y el Honor que lo acreditaba
 como miembro de la Sociedad Boliviana.



Esta comunidad siente necesidad de dar gracias a Dios por el ejemplo de
 fidelidad en la vivencia de esta vocación. Por la forma elegante como él vivió
 las virtudes salesianas y sacerdotales. Por el uso que supo dar a sus talentos y
 haberlos puestos al servicio de todos. Haberlo dejado todo fue su primer gran
 signo de generosidad. Haber plantado sus raíces en forma tan profunda en la
 porción de la Iglesia que el Señor le señaló, fue su forma de "amar a Dios con
 todo su corazón y al prójimo como a sí mismo".

Que este agradecimiento se convierta en plegaria ardiente para que el Señor
 le conceda la gloria de su reino, y a nosotros, nuevas vocaciones de la talla del P.
 Alberto Panciera.

Valencia, 3 de Agosto de 1980.

Almo. en Don Bosco
 P. Ignacio A. Velasco
 Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO: P. Alberto Panciera de Marco nació en Zoldo Alto, Italia (Prov. de Belluno) el 10 de abril de 1902. Murió en Valencia (Venezuela) el 3 de Junio de 1980 a los 78 años de edad, 52 de profesión y 44 de sacerdocio.